

EL
DIARIO
DE
Jane
MAR VAQUERIZO

EL
DIARIO
DE
Jane
MAR VAQUERIZO



EDICIONESKIWI

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-29-6
Depósito Legal: CS 232-2024
© del texto, Mar Vaquerizo
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para mi hijo Daniel. Mi vaquero sonriente.
Para mi sobrina Amelia. La guerrera más bonita del mundo.
Los dos sois almas salvajes, divertidas y
resplandecientes como el sol.
Os quiero infinito.

*Deja que tus sueños corran salvajes,
y sé valiente para seguirlos.*

Dicho indio

*Seremos recordados para siempre por las hue-
llas que dejamos.*

Tribu siux

PLAYLIST *EL DIARIO DE JANE*

- *Up at night*, Kehlani y Justin Bieber.
- *I'm not alone*, Calvin Harris
- *You & Me*, Disclosure y Eliza Doolittle
- *Need U (100%)*, Duke Dumont (feat A*M*E)
- *Wish you were mine*, Philip George
- *Lovers in a past life*, Calvin Harris y Rag'n'Bone Man
- *Un-thinkable (I'm ready)*, Alicia Keys
- *Made for me*, Muni Long



PRÓLOGO

Liberty, junio de 1899

Presentí que alguien se acercaba al rancho. No era la primera vez que intentaban arrebatármelo y no sería la última. Aprendí hace mucho a estar alerta.

Cuando divisé al forastero a lo lejos del camino, cogí uno de los rifles que siempre estaban a mano por la casa, lo cargué y me dirigí a la puerta. La abrí, clavando la mirada en aquel intruso que avanzaba hacia mí al paso lento de su caballo.

Aquella figura desdibujada por la distancia era tan familiar...

No aparté la mirada de él y su alrededor, atenta a cualquier arma o a otros hombres que pudieran acompañarlo.

Dejé de respirar mientras una corriente eléctrica indescriptible me recorría el cuerpo.

Estaba nerviosa, con una mezcla de alegría desbordada y miedo —mucho miedo— que no sabía describir.

—Tom... —susurré con un hilo de voz, solo para mí. Con la sensación de que el corazón se salía por la boca al reconocerlo.

Estaba muy delgado, demacrado, con barba de muchos días.

Observé su semblante. Algo había cambiado en él.

Sus ojos verdes chispeaban como recordaba que lo hacían siempre que me miraba, pero ahora tenían un trazo de tristeza.

Me giré para observar qué había en la dirección hacia la que desviaba la mirada.

Luke salía de las cuadras con el pelo lleno de restos de heno, quitándose la camiseta para refrescarse del calor. Me miró con una sonrisa en los labios, que rápido se tensó al ver el rifle entre mis manos.

Lo vio acercarse sin dejar de vigilarme.

Sabía que estaba calculando la distancia entre él y yo, entre él y aquel forastero, mientras pensaba dónde tenía sus armas.

Mantuvieron un duelo de miradas que me cortó de nuevo la respiración, incapaz de hablarles o moverme.

A un lado, acercándose a caballo de regreso a casa, estaba el hombre con el que me había casado años atrás. Trabajador, cariñoso, sensato, fuerte, muy tradicional y el amor de mi vida.

Al otro, el que me había salvado de una muerte segura, quien había peleado por el rancho sin pertenecerle. Valiente, sincero, apasionado. Mirando cómo aparecía el dueño de todo por lo que había luchado tanto.

CAPÍTULO 1

Primeros de marzo de 2023

Amelia detuvo el coche junto a la valla de acceso a la propiedad. Siempre pensó que algún día volvería para quedarse por tiempo indefinido, pero nunca que sería tan pronto.

Fijó la vista en los verdes prados con el mismo color que sus ojos, igual que los de su madre y su abuela, herencia del tatarabuelo Tom.

No creía que el aspecto de aquellas tierras hubiese cambiado mucho desde sus tiempos, más de ciento cincuenta años atrás, al menos no en lo básico, aunque tenía la esperanza de que hubiese evolucionado más desde que dejó de vivir allí con dieciocho años.

—Rancho Liberty. Propiedad McQueen —leyó en un susurro el nombre de su herencia familiar. El texto estaba en el arco de hierro que seguía dando la bienvenida a la entrada de la valla, como los padres del tatarabuelo Tom lo colocaron. Sus trastatarabuelos.

El vello se le erizó al pensar lo que significaba para su vida estar allí.

Intentó ignorar los *flashes* de recuerdos de todo tipo que le cruzaron la mente, pero eran difíciles de controlar.

Cerró los ojos unos segundos y respiró hondo.

Los abrió, apretando los labios.

Miró la caja que reposaba en el asiento del copiloto. Estiró el brazo y, con un movimiento de la mano, la abrió sin soltar la otra del volante.

Observó aquel libro envuelto en un pañuelo de algodón descolorido y muy viejo, dentro de una bolsa transparente y sellada.

Aún no lo había abierto, estaba tal cual se lo entregó el notario tras leer el testamento, pero sabía que era importante para todas

las mujeres de la familia. Sobre todo para quien escribió la mayoría, su tatarabuela Jane.

Solo lo había visto una vez en su vida, cuando era muy pequeña. Lo llevaba su abuela Jane, pero lo escondió donde no lo pudiese encontrar ni jugar con él.

«Cuando llegue el momento, será tuyo», le dijo su madre cuando preguntó por qué no podía verlo.

Por desgracia, ese momento había llegado antes de lo esperado. Amelia tenía sesenta y ocho años y, según la genética familiar, podría haber vivido mucho más. Incluso hasta los cien años, como su abuela, pero un accidente de tráfico se había cruzado en su destino.

Cerró la caja, cogiendo aire profundamente.

Arrancó el coche y entró al rancho.

Condujo a poca velocidad durante unos minutos hasta la gran casa. La habían restaurado, pero no habían cambiado nada de su construcción original desde, al menos, la época de sus bisabuelos.

Sabía que la estructura fue restaurada antes de 1900 y que luego se hicieron algunas mejoras necesarias por el paso de los años y la llegada de elementos más modernos y confortables para vivir.

Para acondicionar las necesidades del rancho, habían ido construyendo edificaciones replicando el aspecto de aquella época, para que no se notaran en exceso las ampliaciones que iban añadiendo.

Aguardó unos segundos, antes de bajarse del coche, contemplando su alrededor. Su casa.

Salió del vehículo, se puso el abrigo largo de paño negro hasta el tobillo, cerró la puerta, subió los peldaños hasta el porche principal y se giró sobre sí misma para echar un vistazo a cuanto podía divisar.

Todo era suyo.

—Eres una McQueen. No lo olvides nunca —susurró imitando la voz de su abuela, recordando la frase que le dijo la última vez que se vieron antes de fallecer.

Sonrió al recordar su fortaleza. Esperaba tenerla también.

—¿Señorita, Amelia Jane? —preguntó una mujer a su espalda.

La chica se giró sin borrar la sonrisa de la boca. Reconocería esa voz en cualquier parte.

—Hola, Emily —contestó a la mujer que había ayudado a su familia en casa desde que tenía memoria.

—¡Qué alegría que esté aquí, señorita Amelia! —contestó emocionada de verla, lanzándose a darle un cariñoso abrazo que ella le devolvió de igual forma. Ya no le quedaban muchas personas a las que abrazar.

—Sigues estupenda —susurró devolviendo el achuchón.

—Siento tanto lo de tu madre, hija. Lo siento muchísimo —le dijo con dulzura por enésima vez desde el accidente, antes de apartarse de ella. Reteniéndola un poco más.

Amelia cerró los ojos y tragó saliva. Estaba siendo duro, pero no podía caer en la pena. No se lo podía permitir o se derrumbaría.

—Gracias, Emily. Lo sé. Fue inesperado y es difícil, pero hay que seguir.

La mujer acarició su rostro con cariño.

—Como te dije el día del entierro, siempre puedes contar con nosotros, pequeña. También somos parte de la familia, aunque no seamos McQueen.

—Lo sé —se repitió. Sabía que se refería a todos, no solo a ella. No sabía qué más contestar.

—Ahora vamos a dejar de hablar de tristezas. —Recondujo la situación—. ¿Qué tal el viaje? ¿Tienes hambre? He preparado carne y verduras asadas para cenar. Espero que vengas, cielo. Estarás cansada del viaje y querrás dejar tus cosas en la habitación, pero ven a cenar, por favor.

—La verdad es que pensaba irme a la cama directamente, pero se lo agradezco mucho. —Intentó evitarlo.

—Eso no puede ser, cielo. Tienes que comer. ¿Desde cuándo no comes en condiciones? —No dejó que A. J. contestara. Solo había que ver lo delgada que estaba para saber la verdad—. No acepto un no por respuesta. En media hora en casa. ¿De acuerdo?

No le quedó más remedio que aceptar. Lo hizo con un gesto de cabeza.

—La casa está dispuesta, mi niña, pero quiero que hablemos y me digas cómo quieres las cosas. Ahora eres la dueña de todo esto.

—Gracias, Emily. Ya lo veremos. No tengo ni idea —agradeció con una sonrisa, pero en realidad tenía un nudo en la garganta.

—Vamos, te ayudaré a instalarte. He acondicionado tu cuarto de momento. Pensé que lo preferirías así.

La chica asintió y, sin más, Emily comenzó a subir la escalera que llevaba a la planta superior. A. J. la siguió. El suelo de madera crujía bajo sus botas de cordones de estilo militar.

Aquella casa estaba llena de recuerdos, algunos muy buenos, otros difíciles. Pero si algo sentía siempre que volvía a casa era la fuerza que le daba cada milímetro de ese lugar, aunque no lo quisiera.

—Gracias, Emily. Ya puedo yo. Sigue a lo tuyo —le pidió con sonrisa cómplice.

—Está bien, pero en media hora vienes a cenar.

—Allí estaré —confirmó A. J.

Esperó a escuchar los pasos bajando la escalera antes de entrar más en el cuarto.

Habían pasado ocho años desde que se fue de Liberty definitivamente, aunque volvía de vez en cuando para ver a su abuela y a su madre, a pesar de sus diferencias.

Siempre procuraba quedarse poco tiempo, incluso en Navidad. Se marchaba en cuanto empezaba a escuchar ideas sobre quedarse en el rancho que no le interesaban de momento, aunque sabía que lo tendría que hacer en algún momento de su vida, que esperaba fuese muy lejano.

No había sucedido así.

A su madre y su abuela les gustaba que fuese en verano a la fiesta del ganado. A ella también porque le encantaba montar a caballo para bajar a los animales desde los pastos hasta el rancho,

para hacer el recuento y el marcado, hasta que los sentimientos lo volvieron complicado.

Era una heredera ausente, pero no ignorante de lo que significaba tener un rancho y pertenecer a una saga importante de rancheros y adiestradores de caballos.

Echó un vistazo rápido a su alrededor. Todo estaba donde lo había dejado unas semanas atrás, cuando fue al entierro de su madre.

Apenas estuvo unos días, lo justo para arreglar el entierro y las gestiones necesarias para comenzar con el traspaso de todos los bienes a su nombre.

Era mejor no pensar demasiado de momento.

Con decisión, se quitó el abrigo. Salió por la puerta, abrigada con su jersey de invierno, y bajó hasta el coche. Lo movió a la parte trasera de la casa y lo dejó allí, alejado de la vista del paso del camino principal.

Sacó su bolso, el libro antiguo y una maleta pequeña. Lo demás ni lo tocó.

Subió a su cuarto y dejó el libro sobre la cama, la maleta en un rincón, y sacó el móvil del bolso.

No tenía que llamar a nadie para avisar de su llegada. Ya no tenía a nadie que se preocupara por ella hasta ese punto. Ni siquiera Adam, su última pareja, sabía que se había marchado. Era militar con base en San Diego, donde ella vivía, pero no estaban muy bien en los últimos meses. Además, se encontraba en una misión de código negro, por lo que no podían comunicarse.

Le había dejado una nota en la casa que compartían y un mensaje de voz para cuando pudiese usar el móvil personal. Sabía que lo habría metido en una funda de seguridad y no lo sacaría de allí hasta que les dijese que podían hacerlo.

Observó la pantalla. Ningún mensaje.

La cobertura era mínima, eso no cambiaba.

Lo dejó sobre su escritorio, junto al bolso, y salió al pasillo.

Caminó hasta la habitación de su madre. Estaba tal cual la dejó antes de coger el coche aquella mañana nevada de febrero.

No servía de nada pensar en la cantidad de veces que le había pedido que no condujera con mal tiempo y le pidiera a alguien del rancho que la llevase al pueblo. Ella se sentía bien, capaz, y aparentaba menos edad de la que tenía. Los reflejos no son los mismos con casi setenta años que con cuarenta, pero era cabezona. ¡Qué iba a decir ella! Lo llevaban en la sangre...

Aquella placa de hielo en la carretera la sacó del camino y tardaron en encontrarla. Ya no hubo nada que hacer.

Casi podía verla deambular por el cuarto colocando su ropa o sentada en el sillón de lectura que se instaló años atrás en la habitación de su abuela en la planta baja y luego recolocó allí.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No sabía si por los recuerdos o por el frío de la casa.

A pesar de la calefacción, notaba el frío. Estaba tan vacía que era difícil sentirla cálida.

Miró el reloj, casi era la hora de ir a cenar.

Iba a cerrar la puerta al salir, como antes cuando vivía allí, pero ahora era absurdo. Ya no había nadie más.

Fue a su cuarto, cogió el abrigo, el móvil, y bajó la escalera deprisa.

Cerró la puerta sin echar la llave, como de costumbre en Liberty, y se encaminó a la casa de los Cassidy.

No sabía qué le inquietaba más, si estar en Lake City indefinidamente o ir a cenar allí.

Esperaba tener una cena tranquila con Eric padre y Emily, nadie más, aunque en realidad deseaba que hubiese alguien más. Pero le costaba reconocerlo.

Para llegar allí debía pasar por delante de los establos. No se pudo resistir y entró.

Diamante relinchó al instante, en cuanto ella se acercó al cubículo donde estaba descansando junto a sus compañeros.

A. J. sonrió al verlo. Era su caballo y una de las cosas que más añoraba de ese lugar.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Te habías olvidado de mí? ¿Me has echado de menos? —preguntó al animal mientras lo acariciaba con una gran sonrisa en el rostro.

Desde luego que se acordaba de ella, solo había que ver cómo se movía acercándose más y con visible felicidad.

Ella rio al verlo tan contento, pero se le cortó la risa en cuanto se dio cuenta de quién la miraba desde el pasillo, un par de cubículos más allá.

—¿A. J.? —preguntó el hombre como si estuviese extrañado de verla allí.

—Hola, Eric —saludó al hijo del capataz y Emily. Eric Cassidy júnior. Respiró profundo, disimulando sus nervios al verle.

—¿Cuándo has llegado? No he oído el coche —siguió indagando mientras se acercaba a ella con aquella forma de andar tan imponente, imposible de ignorar.

Era inevitable que su cuerpo reaccionara a él. Por más que lo intentaba, era imposible ignorar su imán.

—Hace un buen rato. Aparqué atrás.

—Ya... —contestó acercándose más, con esa mirada profunda que le aceleraba el corazón—. ¿Te quedarás mucho esta vez?

—No lo sé. De momento viviré aquí por tiempo indefinido. Tengo que hacerme cargo de todo esto.

A A. J. le pareció ver cómo su gesto cambiaba de sorpresa a alegría, pero enseguida se tornó serio y con intención de parecer despreocupado por el tema.

—Bueno, si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarnos. Cualquiera de los chicos te puede ayudar. —Intentó quitarse de la ecuación, aunque en realidad solo quería que lo llamase a él.

—Lo sé. Gracias.

—Diamante te ha echado de menos. Le gustará que lo montes pronto.

—Lo veo muy bien. Gracias por cuidarlo.

—Sí. Lo monto. Quiero decir, lo montamos todos los días los chicos o yo para darle un buen paseo. Así se mantiene en forma. Es mi trabajo.

—Aun así, gracias. ¿Qué tal Sunset? —se interesó por el suyo.

—Tan bien como siempre. Espero que ese caballo siga conmigo muchos años, porque es el mejor —reflexionó en voz alta, aunque no era ninguna novedad para Amelia. Sabía que pensaba así desde que lo tenía.

—Mañana iré a verlo. Ahora tengo que irme. Me ha gustado verte, Eric. Nos vemos pronto —se despidió tras mirar el reloj.

—Nos vemos pronto —contestó igual que ella mientras la veía marcharse.

CAPÍTULO 2

A. J. llamó a la puerta de los Cassidy. A los pocos segundos, Eric padre abrió la puerta con una sonrisa y la abrazó.

—¡Oh, Amelia Jane! ¡Bienvenida a casa! —la recibió eufórico.

—Gracias, señor Cassidy. Le veo muy bien —apreció con una gran sonrisa. Aquel hombre había sido lo más parecido a un padre que había tenido nunca.

—Por favor, llámame Eric, como siempre.

Ambos se abrazaron otra vez unos segundos, antes de que Emily les interrumpiera:

—Cuánto me alegro de que no te hayas echado atrás. Pasa, pasa —la recibió, dándole otro abrazo.

A. J. estaba abrumada con tanto cariño. No estaba acostumbrada desde que se fue de casa.

Lo siguió al salón.

—¡A. J.! ¡Qué alegría que estés por aquí! —gritó Lily, la hija pequeña de la familia. En realidad, se llamaba Emily, como su madre. Pero cuando era pequeña solo sabía decir el final de su nombre y repetía una y otra vez «li, li, li», por lo que se quedó con Lily y así no la confundían con su madre.

—Me alegro de verte. Pensé que estabas en California.

—Y lo estoy, en la universidad, pero son las vacaciones de primavera. ¿Lo recuerdas de tus tiempos por allí? No me creo que lo hayas olvidado tan pronto. No ha pasado tanto.

Amelia asintió después de unos segundos. Había olvidado lo bien que se vivía estudiando.

—¿Y qué haces aquí en lugar de en Florida? —preguntó por el destino favorito de los universitarios para esas vacaciones.

—Bueno, este año he preferido venir a casa —contestó, poco interesada en dar más explicaciones.

—Tu madre estará muy contenta.

—Sí. La he hecho feliz.

Ambas sonrieron.

El hombre apareció con un refresco para cada una y se marchó de nuevo a la cocina con su mujer.

Estaban las chicas entablando conversación, cuando la puerta de la casa se abrió.

A. J. escuchó la cerradura, los pasos de alguien entrando, cómo la cerraban y ese caminar inconfundible por el suelo de madera hasta el salón.

Se quitó el sombrero en cuanto entró, colocándose el pelo, a medio camino entre corto y largo. Como siempre.

Lo escuchó saludar a sus padres antes de girarse hacia ellas.

Clavó su mirada en A. J. unos segundos. Ella apretó los labios de puro nerviosismo.

—A. J. —dijo su nombre a media voz.

—Hola otra vez, Eric.

—Eric, hijo, he invitado a Amelia a cenar. Acaba de llegar de viaje, está cansada, y no me parece bien que cene sola en su primer día en Liberty.

—Has hecho bien, mamá —contestó mientras dejaba el sombrero en un aplique en la pared, conteniendo la sonrisa tonta que se le había instalado en los labios.

—Venga, todos a la mesa, que la carne se enfría —los apremió la mujer en cuanto vio que el ambiente era tranquilo.

La familia tomó asiento, pero A. J. se quedó la última esperando a ver en qué lugar le tocaba.

Lily se colocó frente a ella y junto a Emily, por lo que el sitio que quedaba libre era junto a Eric júnior, que había tomado asiento al lado de su padre.

—Lily, da las gracias, por favor —pidió el capataz a su hija.

La familia se dio las manos entre ellos. La muchacha le tendió la suya sobre la mesa con una sonrisa para que la cogiera. Lo hizo.

Después miró la mano que tenía con la palma hacia arriba al otro lado de la mesa. Eric la esperaba.

Puso la mano sobre la suya y él la cerró.

—Señor, te damos gracias por los alimentos que vamos a recibir hoy. Te pido que cuides de nuestra invitada. Sé que no te habla, ni va a verte, pero podrías echarle un vistazo de vez en cuando. Gracias. Amén.

A. J. agradeció las palabras de la muchacha, pero, si las tuviera que reproducir un instante después, no sabría hacerlo.

El contacto con Eric le encendía la piel y le traía recuerdos en los que sus manos la tocaron en muchos más sitios que en la mano.

Cuando volvió a Liberty para asistir al entierro de su abuela en dos mil veinte, hubo algo que les acercó de nuevo, pero no habían sido capaces de regresar a la conexión que siempre habían tenido.

La vida adulta era exigente y absorbente, además de separar sus caminos cada vez más.

Cuando regresó para el entierro de su madre, Eric se portó muy bien con ella. No la dejó sola y algo cambió en su relación.

Este mes sin verse no había aclarado sus decisiones para con él. Los sentimientos los conocía desde que era adolescente y no habían cambiado, más bien se afianzaban a cada encuentro. Esa distancia había servido para darse cuenta de que estaba en una relación que no iba a ningún lugar con Adam y decidió dejarlo.

Lo había hecho a medias. Tenía una conversación pendiente cuando él volviera a la vida civil.

De momento no quería pensar en eso. Ya había dado el primer paso. Dejaría que pasara el tiempo y esperaría a esa conversación.

—¿Estás bien? —preguntó Eric acercándose a ella, al ver que no le soltaba la mano.

Amelia se fijó en sus manos entrelazadas. ¿Cuándo las habían unido tanto? No se había dado cuenta. Se soltó despacio.

—Sí. Perdona —contestó con timidez.

—No pasa nada —susurró, recolocándose en su sitio.

El silencio de la mesa observando la escena no ayudaba. Emily, que sabía lo que habían sufrido los dos todas las veces que habían estado juntos antes, los miró con sonrisa nerviosa.

—¡Qué pinta tiene esto, mamá! —interrumpió Lily aquel momento que parecía incómodo—. ¿Servimos? —Intentó que la velada sucediese con normalidad.

—Pasadme los platos —pidió la mujer, centrándose en la cena—. Primero nuestra invitada —dijo, esperando que su hijo recogiera el plato de A. J.

Eric lo hizo con un movimiento lento y elegante mientras le dedicaba una de esas miradas profundas que a ella la ponían nerviosa.

—Tendrá hambre, mamá. Ha sido un viaje largo. ¿Verdad? —intervino Lily de nuevo para destensar la situación. No tenía muy claro qué estaba pasando, solo que pasaba algo entre su hermano y Amelia otra vez.

—No mucha —contestó por fin la aludida—. Con un poco de verduras asadas y un trozo pequeño de carne es suficiente. Gracias.

—Tienes que comer, mi niña. Ahora hay que reponer fuerzas para el rancho. Hay mucho trabajo —contestó el patriarca, animándola a disfrutar de la comida.

—Gracias —contestó Amelia, incapaz de contradecirles.

Sentada a aquella mesa en familia, siempre se sentía como si volviera a la infancia. Los Cassidy eran una familia como la que le hubiese gustado tener. La suya solo se componía de abuela y madre. Le gustaba la sensación de estar con una familia completa.

Eric le colocó el plato.

Se miraron un instante y volvió a su comida.

Estar a su lado la mantenía nerviosa, pero agradeció a Lily que se pusiera frente a ella. Que él hubiese estado en esa posición en la mesa habría sido menos llevadero.

La cena transcurrió entre charlas familiares, anécdotas del día y conversaciones sobre el trabajo entre los dos hombres, aunque la

matriarca las detenía rápido. No le gustaba que hablasen demasiado tiempo de trabajo en la mesa.

A. J. permaneció en silencio la mayor parte del tiempo. Le gustaba ver la dinámica de aquellas cenas, cómo interactuaban entre ellos, reír de los comentarios divertidos y aprender de lo que le interesaba. Pero casi no participaba.

—¿Y qué harás aquí, A. J.? —preguntó Lily sobre su futuro.

—Trabajar en el rancho —contestó sin dudar.

—Ya, pero... ¿qué harás? Esto es muy distinto a tu trabajo en San Diego —insistió. Ella sabía que daba clases en la universidad sobre historia del arte. Nada que ver con un rancho.

No estaba segura de qué quería saber, el problema es que ella tampoco sabía qué contestar.

—Por el momento, iré al banco a ver cómo están las cuentas y hablaré con el gestor. Tengo que saber en qué situación estamos antes de tomar decisiones.

—¿Tienes algún plan pensado? —se interesó el capataz, con tono inocente, mientras recogía el plato que le ofrecía su mujer con un pedazo de tarta de moras. Pero la realidad es que de su decisión dependía el futuro de todos los que estaban sentados en aquella mesa.

—Prefiero no pensar opciones hasta que no aclare la situación. —A. J. se dio cuenta de cómo se miraban entre ellos—. Seguid con vuestros trabajos como siempre. Nada va a cambiar de momento y, si cambia, seréis los primeros en saberlo.

—Gracias, Amelia Jane. Te agradecemos la sinceridad —confesó el patriarca, aunque se le notaba preocupado.

—Cómo no, señor Cassidy. Habéis cuidado de Liberty desde que tengo memoria. Es lo menos que puedo hacer.

Se sonrieron con ternura.

A. J. cogió su plato con una generosa porción de la tarta típica de Oregón, la tarta de moras Marionberry. Era costumbre congelar las moras durante la corta temporada del fruto y luego usarlas durante el resto del año. Hacía mucho que no disfrutaba de un pedazo.

—Si necesitas ayuda o información de la que no viene en los libros, no dudes en preguntar —se ofreció Eric para evitar que se precipitara en la toma de decisiones.

—Lo haré —confirmó que entendía el mensaje.

Tomó la tarta mientras ellos volvían a sus conversaciones y, tras acabarla, decidió marcharse.

—Emily, muchas gracias por la cena. Todo estaba delicioso y me ha venido bien estar con vosotros este rato. Me voy a dormir. Estoy cansada y lo necesito —explicó en tono cariñoso.

—De nada, mi niña. En esta mesa siempre tendrás una silla para ti.

A. J. sintió un nudo en la garganta al escucharlo. No era nuevo, ya se lo había dicho en otras ocasiones, pero ahora tenía más importancia.

—Gracias —contestó con un hilo de voz, emocionada.

Sin esperar más, se levantó y se dirigió a la puerta.

Eric la miró desde su asiento hasta que desapareció de su vista. Cogió aire y se levantó también.

—Disculpad, yo también me marchó. Descansad. Mañana nos vemos.

El resto de la mesa dijo un escueto «hasta mañana» y guardó silencio, observando cómo se iba tras ella. Solo intercambiaron miradas cómplices entre ellos.

Lily iba a hablar, pero su madre le puso un dedo sobre los labios.

—No digas nada, Emily Cassidy. Son sus cosas y entre ellos deben quedar —susurró para que no la escuchara la pareja.

La muchacha asintió mientras hacía el gesto de echar la cremallera a los labios, aunque se estaba riendo.

Eric encontró a A. J. poniéndose el abrigo junto a la puerta.

Él se colocaba el sombrero.

La observó unos segundos. Se notaba su influencia urbana en la forma de vestir. Antes no vestía así, era más clásica y

usaba prendas cómodas más enfocadas al trabajo en el campo y los animales.

A él le gustaba verla venir con aquellos vaqueros ajustados como los que llevaba en ese instante, los abrigos y los zapatos modernos, sin olvidar ese corte de pelo por encima de los hombros que tan bien le quedaba.

Se había criado allí, igual que él, pero ella tenía ese estilo especial que había agudizado en California y Europa.

Se miró a sí mismo. Era un tipo de pueblo que se dedicaba al ganado y, sobre todo, a los caballos, sin mucho más que ofrecer que sus conocimientos y él mismo.

Vaqueros, camiseta gris de manga larga, botas y cazadora de pana marrón con borrego por dentro. Lo tenía difícil.

—¿Te vas al Hollys? —preguntó la mujer por el bar al que todos iban en el pueblo.

—No. Me voy a casa. Solo es miércoles —explicó abriéndole la puerta.

—¿Desde cuándo importa el día de la semana? —Se extrañó por su respuesta.

—Desde que soy un tipo responsable —contestó dejando que ella saliera primero. A A. J. le gustó escucharlo.

—¿Sigues viviendo en la vieja cabaña?

—Sí. Me gusta. Tengo lo que necesito, estoy cerca del establo... Pero, si tienes planes para ella y no puedo seguir viviendo allí, dímelo y me mudaré. —Ofreció la posibilidad mientras caminaban en dirección a la casa principal.

—No digas tonterías. Puedes vivir en la cabaña sin problema, Eric. No va a cambiar nada porque ahora sea la dueña de todo esto y, si lo hace, serás el primero en saberlo.

—Va a cambiar todo, A. J.

Era cierto y ella lo sabía. No era lo mismo ver el negocio desde fuera que tener que luchar por él desde dentro, pero para eso se había preparado toda la vida, aunque nadie lo pensara y creyesen que no prestaba atención.

—No hace falta que me acompañes. Estarás cansado. Gracias —le dijo sin entrar a su comentario, a mitad de camino. Donde cada uno tomaba una dirección para ir a su respectiva casa.

—Sé que no hace falta, pero quiero hacerlo —confesó sin dejar de caminar despacio hacia la mansión. Amelia cogió aire. Estaba nerviosa. Lo siguió.

—Hace frío todavía —apreció, cerrándose el abrigo con las manos para después atarlo con el cinturón. Tras el gesto, metió las manos en los bolsillos.

—Deja que lo haga. Cuando nos queramos dar cuenta, vendrá el calor y la posibilidad de sequía. Deja que haga frío.

A. J. sonrió al escucharle. Era un hombre de rancho y nada lo iba a cambiar. Ni siquiera lo hizo la universidad, aunque su madre lo intentó, enviándole con mucho esfuerzo económico.

Subieron los escasos peldaños hasta la casa y Eric abrió la puerta.

—Cierra con llave, por favor. No quiero sustos —le pidió al comprobar que no había cerrado al marcharse.

—Lo haré para dormir. No te preocupes.

Se miraron unos segundos, pero A. J. rompió la conexión en primer lugar. Sería incapaz de ocultar sus sentimientos si seguía enganchada a su mirada.

—Si necesitas algo, llámame o ven a la cabaña.

—Gracias. Descansa —se despidió, entrando en la casa.

Eric tiró de la puerta hacia sí y la cerró. Ella corrió la cortinilla que tapaba el cristal de esta y echó el cerrojo mientras lo miraba por el hueco que había dejado para ver el exterior.

Se sonrieron.

Ella levantó la mano en señal de despedida. Él se lo devolvió y se marchó.

El corazón de A. J. estaba desbocado en su pecho. Iba a tener que decidir, y pronto, porque no iba a poder mantener las distancias.

CAPÍTULO 3

A. J. se sintió abrumada por la cercanía de la familia Cassidy. Sabía que pasaría, siempre era así, pero ahora las circunstancias de su vida eran distintas.

Estar con Eric tan cerca iba a ser un gran reto y tenía que tomárselo con calma.

Las veces anteriores no había salido del todo bien. Si en esta ocasión se equivocaban, sería un desastre difícil de arreglar. Tenía que tenerlo claro y estar muy segura de cada paso que iba a dar, tanto con él como con el rancho.

Abrió la maleta sobre la cama, sacó el pijama y el neceser. Se cambió y, cuando estuvo lista, se metió en la cama.

Aguardó unos segundos a que su oído se adaptara a la nueva situación.

Estar allí y no en la ciudad hacía que su audición cambiara de forma radical. No había ruidos continuos del tráfico o el ajetreo habitual, tampoco de la tecnología que nos rodea continuamente. Ni siquiera había sacado el ordenador del coche. Ahora notaba la ausencia de esos zumbidos imperceptibles en su otra vida.

Escuchó la hierba moverse, los árboles mecerse al son del viento, algún animal pisar el suelo, el ulular de una lechuza.

Siempre le costaba dormirse la primera noche allí, pero sabía que el cansancio la haría sucumbir.

Miró el libro de su familia descansando sobre el escritorio.

Su abuela y su madre le habían hablado poco de él, solo le habían recalcado la importancia de leerlo.

Empezaría mañana.

Los ojos se le cerraron recordando a las dos mujeres de su vida.

Al final, el sueño ganó.



A. J. se desveló en mitad de la madrugada. Un ruido la despertó, pero no supo identificar qué fue. Tampoco podía descartar haberlo soñado. No estaba segura.

Permaneció en la cama, acurrucada con el edredón de plumas. Cerró los ojos de nuevo y esperó.

No podía dormir. Tenía los ojos cerrados y la actitud correcta, pero sintió frío y no era capaz de entrar en calor.

Se echó la manta que tenía a sus pies por encima, pero ni así lo aplacaba.

Escuchó pasos sobre la hierba, pero no sabía identificar con seguridad de qué eran.

Unos arañazos en la madera.

Pensó que podía ser un lobo o un perro salvaje.

Se levantó con cuidado, se puso el abrigo sobre el pijama abotonado que llevaba, se puso unos calcetines y bajó con cuidado a la planta baja.

Escuchó de nuevo los arañazos en la madera. Parecía que venían de la puerta.

Corrió las cortinas un poco, buscando de dónde venía el ruido.

Vio al lobo rojo ante ella.

Estaba intentando entrar por la gatera de la puerta, solo que esta estaba sellada desde hacía muchos años porque no se usaba. A su madre no le gustaba.

Sabía que no tenía peligro donde estaba, el animal no iba a entrar, pero sí le daba miedo que se colara en los establos o al recinto del ganado.

Metió la mano en el bolsillo que le pesaba y sacó el móvil.

—Mierda de cobertura —susurró mirando la pantalla.

Volvió a mirar al exterior y vio cómo Eric venía en su dirección. Con los pantalones vaqueros, su cazadora de borrego desabrochada —sin nada más— y descalzo mientras sostenía un rifle en la mano.

A. J. sabía que no dispararía al lobo, pero, aun así, encendió el móvil para que él se diese cuenta por el resplandor de la pantalla de que estaba tras la puerta.

En cuanto la vio, levantó el rifle al cielo. No tenía el dedo en el gatillo, nunca lo ponía en el disparador hasta que fuese seguro que iba a usar el arma, pero apartó la puerta de su mirilla.

El lobo se giró para averiguar de dónde provenían las pisadas que lo acechaban.

Ambos —hombre y lobo— se quedaron quietos donde estaban, mirándose, midiéndose, sin decidir el siguiente paso aún.

Eric se irguió con su uno noventa y tres de altura para marcar su posición. El animal caminó unos pasos por el porche, lo miró unos segundos y se marchó.

A. J. se inclinó, pegando la frente en el cristal para comprobar si ya se había ido.

Eric vino rápido hasta la casa, le abrió la puerta.

—¿Se ha ido? —preguntó la mujer, retrocediendo unos pasos para que él pudiese entrar.

—Sí. ¿Estás bien? —indagó, preocupado sobre la situación.

—Estoy bien. No ha entrado en casa —explicó A. J., levantando la vista para mirarle a los ojos.

—¿Has cerrado todas las puertas y ventanas?

—Sí. Todo está cerrado.

—¿Seguro?

—¡Pues claro! Hay dos grados ahí fuera. Estaría loca si dejase algo abierto en este congelador gigante —apreció, cruzando los brazos por debajo del pecho. Se estaba congelando. Seguro que él también.

No supo qué decir durante unos segundos.

—Sí. Aquí hace mucho frío. Mi madre no me ha dicho nada. Lo siento. Mañana revisaré la calefacción y veré qué puedo hacer.

Mientras tanto... —Dudó si seguir. A Amelia le dio un vuelco el corazón—. Puedo quedarme si quieres o puedes venir a la cabaña. El fuego siempre está encendido.

Eric apretó los labios un instante tras la última frase. Podría aplicarla a él mismo cuando la tenía cerca.

—Gracias. No sé qué decir —contestó la chica con timidez.

—No te preocupes, ha sido una estupidez. No me hagas caso. Me marcharé, pero deja que te encienda las chimeneas y que compruebe que todo está en orden.

A. J. no quería hacerle trabajar. Era tarde y en pocas horas tendría que levantarse para atender a los animales. Los ranchos no paran ni un solo día del año y no podía entretenerle encendiendo chimeneas.

—¿Los caballos y el ganado estarán bien?

—Los establos están cerrados. El lobo no puede entrar.

—Bien. Entonces vamos a dormir. Es muy tarde —le pidió mientras abría la puerta, dispuesta a ir a su cabaña.

Eric la siguió sin una palabra más.

No iba a ser él quien pusiera peros a su plan.

Cerró la puerta tras él y ambos caminaron hasta su cabaña; él descalzo, ella con sus calcetines.

En cuanto abrió la puerta de la vieja cabaña, el calor del hogar los abrazó.

—Acércate al fuego para entrar en calor —propuso Eric—. ¿Quieres tomar algo caliente?

—No. Solo quiero dormir.

Él asintió, comprendiendo.

—Duerme en mi cama. Yo dormiré en el sofá —indicó quitándose la cazadora.

—Ni hablar. Me vuelvo a mi casa si lo haces. La cama tiene espacio suficiente para los dos.

Eric sonrió. No había cambiado nada en ella, y eso le gustó.

A. J. se quitó el abrigo. Allí no lo necesitaba, y también los calcetines, manchados por la caminata desde su casa.

Desapareció un momento al baño, que Eric aprovechó para quitarse los vaqueros y ponerse un pantalón de pijama oscuro. Solía dormir desnudo y ella lo sabía, pero quería mantener las formas.

A. J. tardó unos segundos más de la cuenta en salir del baño. Estaba nerviosa. Iba a dormir con él una vez más. Era imposible no estar inquieta.

Respiró hondo unas cuantas veces y salió a la habitación.

Lo vio acucillado junto a la chimenea, avivando el fuego.

Se quedó quieta observándole, preguntándose si esta vez sería valiente para tomar decisiones firmes sobre ellos.

La miró unos segundos, antes de incorporarse.

—Creo que así será suficiente para pasar lo que queda de noche. Si tienes frío, me despiertas, por favor —pidió pasándose la mano por el pelo. No lo hacía a menudo, solo cuando estaba nervioso.

—Aquí nunca paso frío. Tranquilo.

Eric sonrió con timidez por esas palabras mientras ella caminaba hacia la cama. Sabía que no lo decía solo por el calor de la casa.

La miró mientras se metía en el lado donde la ropa de cama aún permanecía intacta, pero ella sabría hacerlo aunque estuviese recién hecha. Él la siguió y se tumbó en su lado habitual.

A. J. se tapó con el edredón y se acurrucó temblando.

Eric se colocó de lado, mirándola.

—¿Estás bien? —susurró, observando cómo arrugaba el edredón apretando las manos con la tela entre ellas. Como si de esa forma la sellara para que no se le escapara el calor.

—Enseguida se me pasa. Es la sensación.

El chico sonrió con ternura ante la explicación.

—Si tú lo dices...

Lo miró entrecerrando los ojos.

—No tengo secretos para ti, ¿eh? —preguntó, menos molesta de lo que quería aparentar.

—La verdad es que no, pero yo para ti tampoco. Esa es nuestra realidad, aunque nos empeñemos en negarla.

—A veces lo odio —dijo en voz alta lo que pensaba. Pero a la vez le gustaba que él supiera todo de ella, lo hacía fácil para lo bueno y para lo malo.

—Ódialo mañana —propuso divertido—. Ahora ven a aquí antes de que te congeles y tenga que llamar a emergencias.

Era absurdo echarse atrás ahora. Había sido ella quien había ido allí por su propia voluntad.

Se deslizó un poco por la cama hacia Eric. Él también hacia ella. La dejó que se colocara pegada a él, abrazándolo con timidez. Después la tapó con el edredón y la envolvió con sus brazos.

Al principio temblaba, aunque no estaba segura de si era por el frío o por estar con él. Después, los temblores pararon.

No podía relajarse, estaba nerviosa y el contacto con él la mantenía alerta. Pero estaba a gusto a su lado, tanto que un suspiro se escapó de entre sus labios.

Eric respiró hondo al escucharla mientras cogía su cintura y la acercaba más a él.

—¿Estás mejor? —preguntó, contento de tenerla allí, mientras pasaba la mano por la espalda de A. J. Sentía su corazón como un caballo desbocado. El suyo iba a velocidad parecida.

—Sí —susurró intentando calmar los nervios.

—Duerme tranquila. Estoy aquí.

Amelia cerró los ojos y apretó los labios. Estaba agotada, pero no estaba segura de poder dormir.

—Lo intentaré.

Su corazón seguía latiendo muy rápido y Eric no sabía qué hacer para no equivocarse en el siguiente paso.

Cuando regresó para el entierro de la abuela Jane, ella vivió con él en aquella cabaña más de la mitad del tiempo que estuvo allí. Discutió con su madre sobre Liberty y se fue con Eric. Pasaron muchas cosas entre ellos en esas cuatro paredes y su mente no paraba de recordárselo.

Cuando regresó para el entierro de su madre, vivió con él en la cabaña el poco tiempo que estuvo en el rancho.

Cada noche se metían en esa misma cama, la abrazaba y ella lloraba su pena, pero también su soledad.

Se llevaba mal con su madre, pero sentirse sola en el mundo, sin nadie con quien al menos discutir, debía ser el peor sentimiento para un ser humano. Él no quería ni imaginarlo. En el fondo ellas se querían y su única disputa era la responsabilidad de Liberty. Amelia quería que su hija se hiciese cargo del rancho. A. J. quería disfrutar de la vida fuera de aquellas tierras porque sabía que, una vez que asumiera las riendas, nunca más las soltaría. A pesar de saber que él no la seguiría fuera de aquella vida. Durante esos pocos días, la abrazó intentando que no la destruyera la pena por la pérdida de su madre, pero también de su libertad.

No sabía detalles de lo que había pasado en este mes en el que no se habían visto, tampoco qué pasaba las otras veces que se iba para no volver en meses. Prefería no saberlo.

Si ella volvía a él cada vez que regresaba a Liberty era porque le daba algo que nadie más podía darle, pero esa situación no podía alargarse eternamente. Necesitaba estabilidad para su paz física y mental. Tenían una conversación pendiente al respecto.

Ahora solo tenían que dormir, el alba se acercaba sin demora y debían descansar. Tenían que resolver esa tensión y salir del bucle.

—A. J., respira. No va a pasar nada que no quieras que pase.

Aquella frase la puso más nerviosa si cabe.

—No me ayudas —contestó, levantando el rostro para mirarle.

Eric se movió y se incorporó, apoyando el codo para verla mejor.

—¿Qué quieres que pase? —preguntó directo—. ¿Quieres dormir, quieres hablar, quieres que te bese, quieres que te haga el amor? Dime qué quieres que haga y lo haré. Si no me lo dices, me iré con los caballos, porque me va a explotar el corazón de sentir el tuyo.

Aquella declaración la dejó aún más indecisa.

—Mi vida es un desastre, Eric. No sé lo que quiero, no sé lo que tengo que hacer ni cómo.

—Tranquila. No estás sola, aunque te empeñes en creerlo y actuar como si así fuera.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo hagas —susurró, colocándole un mechón de pelo tras la oreja para verle mejor el rostro.

—Siento que si nos equivocamos no lo podremos arreglar, y no quiero perderte también. No sé qué va a pasar a partir de ahora. Veo mi futuro como un bosque con una niebla muy espesa que no me deja aclararme ni avanzar.

Eric cogió aire. No podía imaginarse por lo que estaba pasando. No llegaba a los treinta años y estaba sola en el mundo. La gente no está preparada para eso.

—No puedo ponerme en tu lugar, Amelia, pero puedo estar contigo.

La chica acarició el tatuaje del caballo a dos patas que Eric tenía en el costado. Se lo hizo con veinte años y ella estaba presente en cada puntada de la aguja.

Él sintió la caricia en la piel y se le aceleró la respiración.

Sus miradas se encontraron.

No podía esperar más. Eric acercó su boca a los labios de A. J. y la besó.

La chica tembló incluso antes de sentir el contacto, pero no de frío, ya no.

Eric cogió su rostro con una mano para profundizar el beso. A. J. sentía cómo su cuerpo temblaba. Su piel se erizaba por sus besos, su olor, sus caricias.

El hombre se apartó un poco de ella para coger aire y dejar que pensara qué quería.

—Tenemos que dormir —susurró A. J. lo que debían hacer, con la respiración entrecortada por la excitación.

—Tú mandas —contestó, pero su deseo hablaba claro.

—Tengo un conflicto de intereses en este momento —contestó, divertida, al sentir su excitación.

Eric sonrió.

—Me alegra saber que no soy el único —respondió. Después se mordió el labio inferior. A. J. le devolvió la sonrisa.

Comenzó a desabotonarse su pijama masculino. Él esperó a que terminara para seguir quitándole el resto de ropa. Después se la quitó él.

—¿Estás segura? —preguntó de rodillas en la cama. Ella lo esperaba tumbada.

—Es de lo poco que estoy segura en mi vida.

Sin perder un instante, se colocó sobre ella para besarla, deseando escuchar sus gemidos ante sus caricias y besos. Hasta que estuvo lista y la penetró despacio, como sabía que le gustaba. La había echado mucho de menos, como siempre que no estaba en Liberty.

Una vez más estaban juntos. Se deseaban y se querían a su manera. Solo esperaban que los cambios tan drásticos que habían acontecido en las últimas semanas no hicieran estragos en su relación.

